

El evangelio segun Isaías

Diciembre 2025



Huascar de la Cruz

Es casado y tiene 4 hijos. Ha sido pastor en México por largo tiempo, y en la actualidad funge como director de Ministerio Reforma.

CADA DIA, Volumen 25, Número 12, Diciembre 2025. Copyright © La Hora de la Reforma. Toda Escritura es de la: Dios Habla Hoy. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Huascar de la Cruz

Redacción editorial: Huascar de la cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Revisión: Rubí León

Diagramación: David Marín

Portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



El evangelio segun Isaías

Huascar de la cruz

Cada vez que abrimos el Nuevo Testamento, lo primero que encontramos son los evangelios. Y tiene mucho sentido, porque allí se nos narra la venida, vida, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, mucho antes de que Él apareciera en la historia, ya había una voz que anunciaba con claridad sorprendente los eventos que estaban por venir. Esa voz fue la del profeta Isaías.

Por eso, no es de extrañar que muchos se refieran al libro de Isaías como “el quinto evangelio”. En sus páginas encontramos no solo advertencias de juicio, sino también promesas de restauración, consuelo y esperanza. Isaías no solo anticipó el sufrimiento del pueblo en el exilio, sino también la venida del Mesías, su nacimiento virginal, su ministerio, su pasión y su gloria.

En este tiempo del año, cuando el mensaje de la venida de Cristo se escucha por todas partes, te invitamos a detenerte y dejar que las palabras de Isaías hablen a tu corazón. Que su mensaje sea para ti, no solo poesía antigua, sino buenas nuevas vivas, que alientan, consuelan y apuntan con poder a Jesús, nuestro Salvador.





EL EVANGELIO SEGÚN ISAÍAS

“¡Qué hermoso es ver llegar por las colinas al que trae buenas noticias, al que trae noticias de paz, al que anuncia la liberación y dice a Sión: «Tu Dios es rey!»”

Isaías 52:7

Seguramente ha escuchado hablar de los cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. A través de ellos conocemos la vida, muerte y resurrección de Jesús, las buenas nuevas de salvación que Dios nos ofrece por medio de Cristo. ¡Qué bendición tener esos relatos que nos muestran tan claramente el corazón de nuestro Salvador!

Pero ¿ha oído alguna vez hablar de un posible “quinto evangelio”? Es una expresión que algunos autores cristianos usan para referirse al libro de Isaías. Y no es difícil entender por qué. Este libro, escrito siglos antes del nacimiento de Jesús, contiene un mensaje profundamente evangelístico: habla de paz, justicia, perdón, redención y del Siervo Sufriente que cargaría con nuestros pecados. De hecho, Isaías es el primero en usar en la Biblia la palabra “buenas noticias”, lo que más adelante se traduciría como “evangelio”.

Isaías 52:7 describe a un mensajero que viene corriendo por las colinas con una noticia gloriosa: ¡Dios reina! En tiempos de incertidumbre, escasez o ansiedad, anhelamos escuchar buenas noticias. Tal vez usted espera una respuesta laboral, una mejora de salud o buenas noticias familiares. Pero hoy, Isaías nos recuerda una verdad que supera todas las demás: Dios sigue siendo Rey. Nuestro futuro no está a la deriva ni depende del azar. Descansa en las manos de Aquel que reina con justicia, y misericordia.

Ora: *Bendito Dios, gracias por darnos la mejor noticia de todas y saber que nuestra vida está segura en ti. En Cristo, amén.*



PREPARATIVOS DE NAVIDAD

*“Una voz grita: «Preparen al Señor un camino en el desierto, tra-
cen para nuestro Dios una calzada recta en la región estéril”.*

Isaías 40:3

En los días previos a la Navidad, es común ver a la gente prepararse con esmero: se decoran casas, se planean reuniones, se compran regalos, se agenda cada compromiso. Todo parece girar en torno a estar listos... ¿Pero listos para qué? ¿Y para quién? Isaías nos recuerda que hay una preparación más importante que todas las demás: “Preparen al Señor un camino...” Dios ha anunciado su visita. No llega de sorpresa ni de forma accidental. Él se acerca a nuestras vidas, y no hay nada como un corazón preparado.

Los cuatro evangelistas retoman este anuncio: al principio de cada evangelio, antes de la aparición de Jesús, una voz clamó en el desierto, llamando al pueblo al arrepentimiento. Juan el Bautista cumplió esa misión, pero el eco de su llamado aún resuena. Porque la visita de Dios no solo ocurrió en Belén hace dos mil años. Él sigue viniendo. Sigue alcanzándonos... en nuestro propio desierto.

Dios no nos encuentra en palacios ni en momentos de perfección, sino en medio de nuestra región estéril: cuando todo parece árido, cuando las fuerzas escasean, cuando el alma se siente seca. Allí, en ese lugar que quizá nadie quiere visitar, Dios quiere habitar. Pero hay que preparar el corazón. Así que, esta temporada, mientras se prepara para la Navidad, no olvide hacer espacio también en lo más profundo de su ser. Dios está viniendo. ¿Lo está esperando?

Ora: Señor, en medio de la prisa y los preparativos de esta temporada, ayúdame a no perder lo esencial. Que esta Navidad sea un nuevo encuentro contigo. Ven, Señor Jesús. Amén.



GEOMETRÍA BÁSICA

*“¿Quién ha medido el océano con la palma de la mano,
o calculado con los dedos la extensión del cielo?”*

Isaías 40:12

Tal vez haya escuchado alguna vez cuán lejos están las estrellas de la Tierra. Las cifras son asombrosas, imposibles de imaginar. ¿Pero sabe cómo se han llegado a calcular tales distancias? No usamos cintas métricas ni reglas cósmicas. Los científicos emplean métodos como el paralaje, una técnica que solo permite estimar la distancia de las estrellas más cercanas... y aun así, requiere tiempo, tecnología y mucha precisión.

Ahora piense en esto: el profeta Isaías nos dice que Dios mide la extensión del cielo con los dedos. ¿No parece eso demasiado simple? Después de todo, hoy casi nadie mide con las manos... salvo Dios. Isaías no está describiendo una técnica literal, sino destacando la grandeza incomparable del Creador. Lo que para nosotros requiere años de estudio, cálculos y esfuerzo, para Dios es algo inmediato, sencillo, hasta tierno. Su sabiduría no se limita, su poder no se agota.

Y lo más asombroso: esas mismas manos que moldearon el universo... son las que nos sostienen cada día. Son las manos que nos formaron, las que nos guían, las que nos protegen. Son las manos en las que estamos grabados (Isaías 49:16), y de las que nadie puede arrebatarlos (Juan 10:28). Así que, cuando mire al cielo esta noche, recuerde: ese Dios inmenso, que mide galaxias con un dedo, también conoce su nombre... y lo ama con ternura infinita.

Ora: *Señor todopoderoso, al contemplar la inmensidad del cielo
te doy gracias porque no soy una partícula perdida en el universo,
sino un ser conocido y amado por ti. En Cristo, amén.*





UN DIOS ACCESIBLE

“¿Con quién van ustedes a comparar a Dios? ¿Con qué imagen van a representarlo?”

Isaías 40:18

Esta es una pregunta que nos abruma. ¿Cómo representar a Dios? Aún no encontramos cómo describir cosas tan profundas como la luz o el alma... ¿Y vamos a representar al Creador del universo? No se trata de que Dios ande buscando un buen escultor. Es el corazón humano que arde en deseos de fabricarse un ídolo. Queremos reducir a Dios a algo que podamos ver, tocar, comprender... o controlar.

Por eso el profeta se burla de los ídolos: obras de manos humanas, talladas con esmero, cubiertas de oro, fijadas con clavos para que no se tambaleen. Buen trabajo. De alto valor... pero inútiles. No oyen. No hablan. No ven. Y lo más grave: no pueden compadecerse de nosotros. ¿Y de dónde sacaremos una copia de Dios? No hay criatura, no hay idea, no hay imagen que lo abarque.

El problema no es solo de ayer. Hoy seguimos fabricando ídolos, aunque sean más sofisticados. Hacemos a Dios a nuestra imagen: alguien que aprueba nuestros gustos, bendice nuestras decisiones y nunca nos contradice. Queremos un Dios manejable. Pero al querer hacerlo más cercano, corremos el riesgo de hacerlo inútil. Dios no necesita que lo hagamos accesible. Él ya se ha revelado en Jesucristo, el único que puede decirnos: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). Si quieres conocer al Dios invisible, mira a Jesús: compasivo, santo, veraz, poderoso, lleno de gracia.

Ora: *Dios bendito, Ayúdanos a conocerte como te has revelado en Cristo, a adorarte con reverencia, y a confiar en ti como el Dios vivo que ve, habla, escucha y nos ama. En Cristo, amén.*



NUNCA ESTÁS FUERA DE SU RADAR

“Israel, pueblo de Jacob, ¿por qué te quejas? ¿Por qué dices: «El Señor no se da cuenta de mi situación; Dios no se interesa por mí»?”.

Isaías 40:27

¿Ha pasado alguna vez por la experiencia de creer que Dios se ha olvidado de usted? ¿Qué le ha abandonado? Es una sensación más común de lo que pensamos, especialmente en tiempos de aflicción o cuando nuestras oraciones parecen no tener respuesta. Uno se cansa de esperar, se agota en el alma, y entonces llega el susurro de duda: “¿Acaso a Dios le importa lo que me pasa?”.

Piense en Israel. Su lamento viene después de años de sufrimiento en tierra ajena. Ha sido humillado por sus enemigos, y marginado en el exilio. Desde esa oscuridad, el pueblo siente que ha quedado fuera del radar celestial. Pero esa conclusión, aunque comprensible, no refleja la realidad del carácter de Dios. Isaías, inspirado por el Espíritu, responde con una profunda corrección: Dios no se cansa, no se fatiga, no olvida. Más aún, da fuerzas al cansado y multiplica las fuerzas del que no tiene ninguna. No es un Dios ausente ni indiferente. Es un Padre fiel que sostiene a los suyos, incluso cuando ellos ya no pueden sostenerse a sí mismos.

Dios desea que su pueblo lo reconozca no como un recurso ocasional, sino como la fuente constante de renovación. No como un último recurso, sino como el principio y fin de todas las cosas. Cuando aprendemos a esperar en Él, no sólo sobrevivimos: renovamos nuestras fuerzas, alzamos alas como las águilas, caminamos y no nos fatigamos.

Ora: Señor, perdóname por las veces que dudo de tu presencia cuando no entiendo lo que estás haciendo. Ayúdame a confiar en tu carácter fiel más que en mis circunstancias cambiantes. En Cristo, Amén.

SUS PLANES SE CUMPLIRÁN

“Yo soy Dios, y no hay otro; soy Dios, y no hay nadie igual a mí. Yo anuncio el fin desde el principio; anuncio el futuro desde mucho antes. Yo digo: Mis planes se realizarán...”

Isaías 46:9-10

Ya casi se va otro año. Entre fiestas, reuniones y preparativos, diciembre parece irse volando. Tal vez al final, con el ruido de las celebraciones bajando, haremos una breve evaluación del 2025. ¿Qué habrá pasado con aquellos planes y propósitos que hicimos en enero? Tal vez este año no tuvimos una crisis global... y sin embargo, no todo salió como esperábamos.

La verdad es que no tenemos el control. Nuestras mejores intenciones pueden quedar a medio camino. A veces nos abruma la frustración, otras veces la culpa. Pero Dios no es como nosotros. Él no termina el año frustrado porque sus planes no se cumplieron. Él no improvisa ni se rinde. Nada detiene lo que Él se ha propuesto realizar. Y eso debería darnos consuelo. Porque el Dios que conoce el fin desde el principio es el mismo que ha puesto su mirada sobre nosotros. Su fidelidad no cambia cuando fallamos. Sus planes no se desvían cuando los nuestros se derrumban. Él sigue obrando, incluso cuando no lo vemos.

¿Te has sentido alguna vez como si la vida no tuviera propósito? Es fácil dejarse llevar por la corriente de los que creen que todo es casualidad. Pero Isaías nos recuerda que el futuro no está flotando al azar: está en manos del Dios que reina y cumple su palabra. El mismo que nació en un humilde pesebre, que murió y resucitó, es el que llevará a término lo que ha comenzado en ti.

Ora: *Nuestro buen Dios, gracias porque tus planes no fallan y tu fidelidad es constante. Enséñame a descansar en tu soberanía y a confiar que tu voluntad es buena, perfecta y agradable. En Cristo, amén.*

NADA ES IMPROVISADO

“Señor, tú eres mi Dios; yo te alabo y bendigo tu nombre, porque has realizado tus planes admirables, fieles y seguros desde tiempos antiguos”.

Isaías 25:1

Qué bendición es comenzar la semana adorando al Señor. Qué privilegio es reunirnos como pueblo suyo para alabar, orar, escuchar su Palabra y renovar nuestras fuerzas en su presencia. Este pasaje de Isaías es una declaración de alabanza. No es una alabanza vacía ni una rutina. Es un canto que brota del asombro, al ver cómo Dios ha cumplido planes “admirables, fieles y seguros”.

A veces no entendemos por qué ciertas cosas ocurren, o por qué Dios demora en responder. Hay lágrimas que no nos explicamos, y pérdidas que parecen más bien negar la bondad de Dios. Pero cuando miramos atrás, descubrimos que nada ha estado fuera de su diseño. Su fidelidad no se improvisa. Su plan ha sido establecido “desde tiempos antiguos”.

Hoy es domingo, y tenemos la oportunidad de elevar nuestras voces y nuestros corazones con gratitud. Aunque el mundo parezca inestable, aunque los poderosos hagan ruido y las noticias nos inquieten, confiamos en que todo marcha según el consejo de su voluntad. Y así como cumplió sus planes en el pasado, también sabemos que cumplirá sus promesas futuras. Un día el Señor vendrá, juzgará con justicia, y establecerá para siempre su reino. Entonces, lo adoraremos cara a cara. Hoy, alabemos con gozo al Dios que reina, que cumple sus promesas, y que ha escrito nuestra historia con sabiduría y amor.

Ora: *Bendito Dios, danos ojos para ver tu mano en nuestras vidas y un espíritu dispuesto para adorarte con gratitud. Confiamos en ti, nuestro rey eterno. En el nombre de Jesús, Amén.*

DIOS SIGUE EN SU TRONO

“El año en que murió el rey Uzías, vi al Señor sentado en un trono muy alto”.

Isaías 6:1

Cuando en una nación se vive una transición en el poder, es común que las personas sientan una mezcla de ansiedad e incertidumbre. Especialmente si la figura que se va era alguien respetado o estable. Así se encontraba el pueblo de Judá cuando murió el rey Uzías. El ambiente era de luto, desconcierto y preocupación. ¿Qué vendría ahora? ¿Quién gobernaría? ¿Qué futuro le esperaba al país?

Pero en medio de esa crisis, Isaías tiene una visión impresionante: ve al Señor, sentado en su trono, alto y sublime. No un trono vacío, no un cielo en silencio, sino a un Dios que reina con majestad, totalmente ajeno a la confusión terrenal. La visión de Isaías cambia su perspectiva. Lo que parecía desorden en la tierra, no había alterado en lo más mínimo la soberanía del cielo.

Nosotros también necesitamos esa clase de visión. Cambian los años, cambian los líderes, cambian los escenarios económicos y personales... pero Dios no cambia. Él sigue reinando. Tal vez tú también estés entrando en un nuevo capítulo: una pérdida, una mudanza, un diagnóstico, un cambio de etapa o simplemente el paso de un año al siguiente. Y tal vez, como Isaías, sientas que algo importante ha muerto y no sabes qué vendrá después. Pero cuando alzamos la mirada, como hizo Isaías, recordamos una verdad que renueva nuestras fuerzas: el trono de Dios no está vacío.

Ora: *Dios soberano, enséñanos a verte en tu trono, gobernando con poder y justicia. Que podamos descansar en tu soberanía cuando el mundo se vuelva incierto. En el nombre de Cristo, amén.*

UNA DECLARACIÓN DE AMOR

“...Porque te aprecio, eres de gran valor y yo te amo...”
Isaías 43:4

¿Puede imaginarse una declaración más conmovedora de parte de Dios? Palabras como estas podrían hacer sonrojar a cualquiera... y sin embargo, son necesarias. Necesitamos escuchar que alguien nos ve, nos valora, y nos ama profundamente. Más aún cuando ese “alguien” es el mismo Creador del universo.

Dios no es una fuerza impersonal ni un gobernante indiferente. En este pasaje, habla como un Padre tierno, como un Dios cercano, que no se limita a observar desde lejos, sino que se involucra con su pueblo. No es un lenguaje figurado vacío: es el amor demostrado en la historia, al liberar a su pueblo de Egipto, al cuidar de ellos en el desierto, y sobre todo, al enviar a su Hijo Jesucristo para rescatar a todo aquel que cree en Él.

Vivimos en un mundo que fácilmente aplasta nuestro valor. Las redes sociales, las comparaciones constantes, el rendimiento, el rechazo... todo puede hacernos sentir insignificantes. Pero Dios dice: “Tú vales. Eres mío. Te amo”.

¿Has recibido ya ese amor? ¿Lo estás disfrutando? Si te has sentido invisible o despreciado, deja que esta verdad de Isaías 43:4 te abrace: Dios te aprecia. Eres valioso para Él. Y te ama con un amor eterno. Y ese amor tiene nombre: Jesucristo, en quien el amor de Dios fue revelado de la manera más sublime.

Ora: Señor, gracias por recordarme que soy valioso a tus ojos. Ayúdame a vivir desde esa verdad: que soy amado, redimido, y sostenido por ti. Gracias por Jesús, Amén.

PROPIEDAD DEL SEÑOR

“Uno dirá: “Yo soy del Señor”, otro se llamará descendiente de Jacob, y otro se grabará en la mano: “Propiedad del Señor”, y añadirá el nombre de Israel al suyo propio”.

Isaías 44:5

¿Alguna vez le ha dado vergüenza confesar que es parte del pueblo de Dios? Tal vez en una reunión donde la fe cristiana es vista con desprecio, o en un salón de clases donde la religión se ridiculiza. Es fácil sentirse solo, vulnerable, o incluso intimidado en una cultura que considera anticuada la fe, y hasta ofensiva la lealtad a Cristo. Y, sin embargo, Isaías 44:5 nos pinta un cuadro muy distinto: el de personas que no solo reconocen su identidad espiritual, sino que lo hacen con gozo y sin reservas. ¡Qué hermoso es saberse parte del pueblo del Señor!

En tiempos de Isaías, “grabarse algo en la mano” era un símbolo de pertenencia y lealtad. No se trata de una recomendación literal para marcarse el cuerpo, sino de una imagen poderosa que expresa la alegría de sabernos propiedad del Señor. Aquí, alguien se marca nada menos que: “Del Señor soy”. Es como decir: “Le pertenezco completamente. Mi vida no es mía, es de Él. Y no me avergüenzo en absoluto”.

En un mundo que busca identidad en logros, posesiones o fama, este versículo nos recuerda que nuestra verdadera identidad comienza por sabernos hijos del Dios vivo. No necesitamos grabar nuestro nombre en la historia, basta con saber que nuestro nombre está grabado en las manos del Señor (Isaías 49:16). Y si Él nos tiene tan presentes, ¿cómo no íbamos a proclamar con gratitud que le pertenecemos?

Ora: *Bendito señor, gracias por darme el privilegio de pertenecer a ti. Ayúdame a vivir con gozo, sin mostrar vergüenza, proclamando que soy tuyo. En el nombre de tu Hijo, amén.*



DECEPCIÓN DIVINA

“¿Había algo más que hacerle a mi viñedo? ¿Hay algo que yo no le haya hecho? Yo esperaba que diera uvas dulces, ¿por qué, entonces, dio uvas agrias?”

Isaías 5:4

Hay lugares donde las serenatas todavía se celebran con entusiasmo. En otros, quizá ya no se cantan bajo el balcón, pero aún se comparten canciones especiales en un restaurante o se envían con cariño de forma personal. Expresar los sentimientos a través de la música ha sido popular desde tiempos antiguos.

En este pasaje, Isaías nos presenta esta melodía como una canción de amor frustrado, cantada por el Amado a su viña. El Amado había hecho todo por ella: la preparó con esmero, la cuidó con paciencia, la protegió con dedicación. Pero cuando llegó el momento de la cosecha, el fruto no fue dulce como se esperaba... sino agrio. Dios es ese Amado, e Israel, su viña. Pero el mensaje no es solo para tiempos antiguos. Es una imagen viva de lo que ocurre cuando el pueblo de Dios, después de haber recibido tanto, no responde como Él espera. ¡Qué doloroso es fallarle a un Dios tan bueno que nos ha dado, sobre todo, el regalo inmerecido de su Hijo!

En estos días en que celebramos su amor, mientras adornamos nuestras casas también deberíamos detenernos y preguntarnos: ¿Qué clase de frutos estoy dando? ¿Son dulces o amargos a los ojos de Dios? La buena noticia es que la gracia de Dios sigue siendo más grande que nuestra rebeldía. Su Espíritu puede renovar la viña, y producir en nosotros el fruto que Él anhela: Fruto digno de Aquel que nos amó primero.

Ora: *Padre celestial, tú eres el viñador fiel y paciente. Has hecho tanto por mí, y tantas veces he dado frutos amargos. Ayúdame a dar el fruto que esperas. En Cristo, amén.*



INVERSIÓN MORAL

*“¡Ay de ustedes, que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno;
que convierten la luz en oscuridad, y la oscuridad en luz...!”*

Isaías 5:23

Vivimos en tiempos donde la verdad se vuelve cuestionable, y las convicciones parecen intercambiables. No es raro escuchar frases como: “tú tienes tu verdad y yo tengo la mía”. El relativismo ha calado tan hondo que muchos ya no saben qué es luz ni qué es oscuridad. Pero esta confusión no es nueva.

Isaías denuncia una inversión moral que ya ocurría en su tiempo. La sociedad de Israel, bendecida por Dios y llamada a vivir con justicia y verdad, había trastocado los valores fundamentales. El resultado era una profunda injusticia, especialmente hacia los más vulnerables. Llamar “bueno” a lo que es malo, y “malo” a lo que es bueno, no es solo un error filosófico: es una rebelión espiritual. Es poner en entredicho el carácter de Dios, quien es luz, y en Él no hay ninguna sombra de confusión.

¿Dónde vemos esto hoy? En leyes que justifican la opresión, en sistemas que protegen al fuerte y olvidan al débil, en ideologías que exaltan el ego por encima del bien común. Pero también, si somos honestos, lo vemos en nuestros propios corazones, cuando justificamos lo que sabemos que no agrada a Dios. No reconocer el mal como tal, es una forma de alejarnos de nuestra necesidad de redención. Pero Dios no nos deja allí. Él nos llama a volver a la luz, a ver las cosas como Él las ve, a ser sinceros con nuestra condición y correr a Cristo, quien es la luz verdadera.

Ora: *Señor, en un mundo que confunde la luz con la oscuridad, ayúdame a ver con tus ojos. Dame un corazón sensible a tu verdad y un espíritu humilde para reconocer mis errores. Por Cristo, amén.*

DE VUELTA AL ESTABLO

“El buey reconoce a su dueño y el asno el establo de su amo; pero Israel, mi propio pueblo, no reconoce ni tiene entendimiento”.

Isaías 1:3

Dicen que podemos aprender mucho de los animales. Y a veces hasta nos divierte compararnos con ellos. Pero la comparación que Dios hace aquí no es ni simpática ni halagadora. Él menciona al buey y al asno, dos animales que, al menos en mi tierra, no gozan precisamente de fama por su inteligencia. Sin embargo, ellos —dice el Señor— sí saben reconocer a quien los cuida. Saben a quién pertenecen. Saben regresar al establo.

El problema no es que el pueblo de Dios no tuviera información. Tenían la ley, los profetas, los milagros del pasado... pero les faltaba relación. Conocían de Dios, pero no vivían con Dios. Había conocimiento, pero no entendimiento; religiosidad, pero no comunión.

A veces nos parecemos más a ese Israel de Isaías de lo que nos gustaría admitir. Sabemos lo que dice la Biblia, vamos a la iglesia, tenemos “todo en orden”... pero el corazón está lejos. Y lo que Dios quiere no es simplemente obediencia mecánica, sino amor, cercanía y lealtad. En este tiempo en que el ambiente se llena de cantos, luces y celebraciones que aluden a Cristo, es fácil olvidarse de él entre tantas voces y ocupaciones. Este versículo nos sacude con una verdad sencilla y poderosa: si incluso los animales reconocen a quien los cuida, ¿cómo no vamos nosotros a reconocer al Señor que nos ha creado, salvado y sostenido?

Ora: *Dios, perdóname por las veces que te he ignorado aunque tú has estado presente. Renuévame por dentro, para que mi fe no sea solo conocimiento, sino una relación viva contigo. En Cristo, amén.*



EL OTRO LADO DE LA MONEDA

“Ya llega el día del Señor, día terrible, de ira y furor ardiente, que convertirá la tierra en desierto y acabará con los pecadores que hay en ella”.

Isaías 13:9

Cuando pensamos en Navidad, imaginamos luces, villancicos y regalos. Pero, ¿es esa la razón por la que Cristo vino? ¡No! Detrás de la ternura del pesebre hay una realidad más profunda: el Salvador vino porque el juicio de Dios es real. El profeta Isaías no nos permite ignorarlo. Él anuncia “el día del Señor”, un día terrible en que Dios hará justicia y limpiará la tierra del mal. ¿Por qué? Porque el pecado ha infectado todo: violencia, orgullo, codicia, idolatría... todo eso clama por juicio.

Hay sin embargo quienes creen que este tono de juicio es contrario al espíritu navideño. Pero es justo lo contrario. El juicio no le quita sentido a la navidad... lo vuelve urgente y necesario. Si nuestro destino no fuera tan grave, ¿por qué habría venido Cristo? ¿Para qué una cruz? ¿Para qué tanto dolor, tanta entrega? Jesús no vino simplemente a darnos una celebración anual, vino a darnos vida eterna. Vino a librarnos del juicio que nosotros no podríamos evitar por nosotros mismos.

Y esa sí que es una buena noticia: “El que cree en mí no es condenado”, dijo Jesús (Juan 3:18). Dios, en su inmenso amor, preparó una salida antes de que llegara el juicio. Por eso la Navidad es luz en medio de las tinieblas. Es una luz que no es decorativa, sino salvadora. Una luz que anuncia que hay perdón, redención... y esperanza.

Ora: *Nuestro buen Dios, gracias porque no nos dejaste a merced del juicio que merecíamos. En tu misericordia nos diste una salida, enviando a tu Hijo para morir en nuestro lugar. En su nombre oramos, amén.*





AÚN HAY ESPERANZA

“He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír”.

Isaías 59:1

A veces nos preguntamos si Dios puede hacer algo por este mundo. Nos parece tan caótico, tan roto, que creemos que ya está más allá de toda solución. Las mentes más brillantes no encuentran respuestas, los líderes poderosos no parecen dispuestos a intentarlo, y la mayoría de la gente se conforma con lo poco que puede rescatar entre ruinas.

Pero el mensaje de Isaías rompe con esa desesperanza. Dios no ha perdido su fuerza, ni ha cerrado sus oídos. Él no es como los ídolos que no oyen ni ven. Su brazo sigue extendido y firme. Su oído está atento a cada clamor. No importa qué tan profunda sea la herida, qué tan lejos sientas que has caído, o qué tan oscuro se haya vuelto tu entorno: Dios puede salvar. Su compasión no se ha agotado. Su poder no se ha debilitado. Y lo ha demostrado de la forma más radical: viniendo personalmente a nuestro mundo en la persona de Jesús.

Él tocó al leproso, escuchó al ciego, lloró con los dolientes, perdonó a los culpables. Ese mismo Jesús te escucha hoy. Ese mismo brazo sigue fuerte para levantarte. Tal vez sientes que nadie te oye. Que tus oraciones se estrellan contra el techo. Que tu situación no tiene arreglo. Pero este versículo es para ti: el Señor no ha dejado de salvar, ni ha dejado de escuchar. Confía en su poder. Clama a él. Porque cuando todo parece perdido, Dios aún está obrando.

Ora: *Padre bondadoso, gracias porque sigues siendo el Dios que salva y que escucha. A veces mi fe se debilita pero hoy descanso en tu poder y en tu compasión. En el nombre de tu Hijo, amén.*





Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



Ministerio
Reforma

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.

Lidia Macías, California, Estados Unidos

Estas reflexiones son muy buenos y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.

Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y han sido de mucha ayuda para my familia y congregación

Adrian Padrón, Cuba,

¡Que linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.

Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

**Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:**

cadadia@ministerioreforma.com

**o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:**

Ministerio Reforma





SU AMOR ES INALTERABLE

*“Pero ¿acaso una madre olvida o deja de amar a su propio hijo?
Pues aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré”.*

Isaías 49:15

En este pasaje, Dios nos ofrece una imagen conmovedora: la del amor de una madre por su hijo. No hay vínculo más tierno ni entrega más completa en la experiencia humana. Sin embargo, incluso ese amor, tan profundo y natural, puede llegar a fallar. Vivimos en un mundo quebrado, donde el abandono, el rechazo y la indiferencia ya no nos sorprenden. Aún el afecto maternal, tan valorado en muchas culturas, puede diluirse en medio del egoísmo, el dolor o la confusión de nuestros días.

Pero justo ahí, en ese escenario de incertidumbre, Dios nos asegura algo radical: su amor es más firme que el amor más firme que podamos conocer. “Aunque ella lo olvide,” dice, “yo no te olvidaré.” Su memoria no falla. Su corazón no se enfía. Sus promesas no se desvanecen con el tiempo. Su amor es eterno al igual que sus promesas para sus hijos.

Cuando sentimos que hemos sido olvidados, marginados o despreciados, este versículo nos recuerda quién es nuestro Dios: el que graba a su pueblo en las palmas de sus manos (v.16), el que nos guarda con ternura y fidelidad inquebrantables. Nada en este mundo —ni el abandono humano, ni las heridas del pasado, ni el pecado presente— puede borrar de la mente de Dios a quienes le pertenecen. ¿Acaso no es hermoso celebrar ese amor que se manifiesta de manera más plena en su Hijo Jesucristo?

Ora: *Gracias, bendito Dios porque tu amor es más fiel que el de una madre y más profundo que cualquier cariño humano. Cuando mi corazón dude, recuérdame que no me olvidas. En Cristo, amén.*





HABLANDO DEL PECADO

“Vengan, vamos a discutir este asunto. Aunque sus pecados sean como el rojo más vivo, yo los dejaré blancos como la nieve”.

Isaías 1:18

No podemos disfrutar plenamente las buenas noticias del evangelio sin antes entender la gravedad del pecado. Los creyentes del pasado lo sabían. Por eso, cuando hablaban de la gracia de Dios, lo hacían con lágrimas de gratitud. Porque sabían de lo que habían sido rescatados. Hoy, en cambio, la palabra “pecado” se evita. La suavizamos, la ocultamos o la disfrazamos de error o de debilidad. Pero encubrirlo no lo elimina. Anestesiar la conciencia no nos libera.

Solo cuando somos honestos con Dios y con nosotros mismos, comenzamos a encontrar la libertad. Y lo que encontramos es maravilloso: Dios no se queda con los brazos cruzados ante nuestro pecado, ni nos arroja reproches sin esperanza. Nos llama al diálogo, nos invita a acercarnos. “Vengan —dice el Señor—, hablemos...”. Su justicia no elimina su misericordia. Y su perdón no es parcial, es total.

Aunque el pecado haya manchado nuestras vidas de rojo encendido, la gracia de Dios tiene el poder de blanquearlas como la nieve. No se trata de mejorar un poco, ni de aparentar cambio. Es una transformación radical, profunda, hecha posible por la sangre de Cristo. Esa fue su misión, en común acuerdo con el Padre celestial. Así es el corazón de nuestro Dios: listo para perdonar, deseoso de restaurar, poderoso para renovar.

Ora: *Bendito Dios, gracias porque no me dejas en mi culpa. Me llamas con amor y me ofreces perdón. Ayúdame a no huir ni ocultarme más, sino a venir a ti con sinceridad. En Cristo, amén.*



UNA INVITACIÓN CON EL SELLO DE DIOS

“Todos los que tengan sed, vengan a beber agua; los que no tengan dinero, vengan, consigan trigo de balde y coman; consigan vino y leche sin pagar nada”.

Isaías 55:1

Hay una sed que no se calma con agua ni con logros. Es una sed del alma. Esa inquietud interior que, aunque tengamos éxito, compañía o comodidad, sigue susurrando: “Falta algo”. Tal vez la has sentido —un vacío, una desconexión con Dios, contigo mismo o con los demás. Puede aparecer como una crisis, una pregunta sin respuesta o una vida sin rumbo claro.

Y, en nuestro intento de silenciarla, buscamos alivio en muchas fuentes: relaciones, entretenimiento, trabajo, posesiones... Pero cuanto más bebemos de esas aguas, más nos damos cuenta de que no bastan. Porque fuimos creados para Dios, y solo Él puede llenar ese espacio. Como dijo san Agustín: “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti”.

Jesús lo expresó de esta forma: “El que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás” (Juan 4:13-14). No hay duda: solo Él puede saciar la sed más profunda del corazón humano. Él es el agua viva. No hay gurú, sacerdote o líder espiritual que pueda ofrecer lo que Cristo da, porque nadie más ha hecho lo que Él hizo: dar su vida para que tú vivas. Hoy puedes acudir a Él, tal como estás. No necesitas traer algo a cambio. Solo necesitas reconocer tu sed. Abre tu corazón y dile: “Señor, tengo sed. Te necesito”. Y su promesa es segura: te saciará con su presencia y su gracia.

Ora: *Bendito Jesús, reconozco mi sed. He buscado tantas veces llenar mi alma con cosas que no pueden sostenerme. Hoy dejo atrás esas fuentes vacías y corro hacia ti. Oro en tu nombre, amén.*



SOBRE ESTA PIEDRA

“Voy a poner en Sión una piedra, una piedra escogida y muy valiosa, que será la piedra principal y servirá de fundamento. El que tenga confianza, podrá estar tranquilo”.

Isaías 28:16

Qué hermoso es contar con un punto firme. En medio de discursos cambiantes, ideologías frágiles y promesas incumplidas, necesitamos algo —mejor dicho, Alguien— que permanezca. En tiempos antiguos, la “piedra principal” o “piedra angular” aseguraba la alineación y estabilidad de toda la construcción. Si esa piedra fallaba, todo lo demás se venía abajo.

¿Quién es esa piedra para el pueblo de Dios? El Nuevo Testamento es claro. Pedro —cuyo propio nombre evoca roca— señala que Cristo es la “piedra viva”, escogida por Dios y preciosa (1 Pedro 2:4-6). Pablo también afirma que la iglesia está edificada “sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular” (Efesios 2:20). No hay duda: Jesús es el fundamento seguro.

Isaías pronuncia esta promesa en un contexto donde el pueblo buscaba refugios falsos —alianzas políticas, pactos ventajosos, ilusiones religiosas. Dios responde: “Yo pongo la piedra. Confía en ella... y estarás tranquilo.” Hoy no es tan distinto: nos apoyamos en economía, reputación, emociones, tecnología. Pero nada de eso sostiene el peso eterno del alma. Descansar en Cristo significa construir la vida sobre lo que no se mueve. ¿Estás listo para descansar en Él? No necesitas traer credenciales, solo confianza. Acércate a la Piedra escogida. Rinde tus miedos, tu vida y edifica sobre Cristo.

Ora: *Señor Jesús, Piedra viva y fundamento seguro, renuncio a construir sobre arena. Que todo lo que soy se apoye en ti, mi roca eterna. Amén.*



VILLANCICO CELESTIAL

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento”.

Isaías 42:1

En esta época decembrina seguramente escuchará villancicos que hacen referencia al niño nacido en un pesebre. Pero para muchos, lamentablemente, estas canciones no son más que parte del ambiente decembrino: melodías que acompañan compras, cenas y decoraciones, pero que rara vez invitan a una reflexión más profunda.

Sin embargo, Dios también canta acerca de su Hijo. En el Nuevo Testamento encontramos himnos que celebran la obra redentora de Cristo. Pero siglos antes de su nacimiento, ya en el Antiguo Testamento, se registraron cánticos que provenían del corazón del Padre. Son los conocidos Cánticos del Siervo, que comienzan en Isaías 42.

En un primer momento, el “siervo” puede parecer Israel. Pero a medida que leemos con atención, entendemos que estos cánticos apuntan a alguien más grande: a Jesús, el Siervo del Señor, el escogido, en quien el alma de Dios se deleita. No es extraño, entonces, que en momentos cruciales del ministerio de Jesús —como su bautismo y su transfiguración— la voz del Padre se escuche desde el cielo diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17; 17:5). En esta época navideña, no olvidemos que la encarnación de Jesús fue mucho más que una postal tierna. Fue el envío del Siervo fiel, el escogido de Dios, quien vendría a cumplir su misión de justicia, salvación y redención.

Ora: *Padre bendito, nos gozamos en tu Hijo. Y gracias porque a través de él, también te complaces en tu pueblo. En el nombre de Jesús, Amén.*

LUZ DE LAS NACIONES

“Poco es para mí que tú seas mi siervo...también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”.

Isaías 49:6

La Navidad es la fiesta de la luz. Velas de adviento, luces en los hogares, estrellas en lo alto... Todo nos recuerda que una gran luz ha venido a este mundo. Y es que Dios no quiso que su salvación quedara confinada a unos pocos. Desde el principio, su plan fue traer esperanza hasta lo último de la tierra.

Nuestro Dios es generoso. Su bondad brilla en cada rincón de la creación: en el aire fresco que respiramos, en la sonrisa de un ser querido, en las flores multicolores. Todo nos habla de su deseo de compartir su amor con sus hijos. Pero muchas veces respondemos a esa bondad con corazones egoístas. Así le ocurrió a Israel, un pueblo pequeño, elevado por la gracia de Dios a una posición especial. Él los llamó para ser luz a las naciones, pero muchas veces prefirieron guardar ese privilegio solo para ellos. Como el agua estancada, su vocación se volvió infructuosa.

Sin embargo, Dios no se rinde. En la primera Navidad, su amor se desplegó de manera visible y gloriosa al enviar a su Hijo, Jesucristo. En él, la luz verdadera vino al mundo. No solo para unos pocos, sino para todos los pueblos, lenguas y naciones. Celebrar la Navidad es recordar que fuimos alcanzados por esa luz. Pero también es asumir con gozo la tarea de compartirla. Hay muchos corazones aún en tinieblas. ¿Y si tú fueras el reflejo de esa luz para alguien esta Navidad?

Ora: *Padre, ayúdanos a esparcir la dulce fragancia del conocimiento de tu Hijo. Que esa sea la meta de nuestra vida. En su nombre te lo pedimos, Amén.*



PALABRAS AL CANSADO

“El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento”.

Isaías 50:4

¡Cuánto necesita nuestro corazón cansado una voz sabia que le hable con ternura y verdad! ¡Cuánta falta nos han hecho palabras de aliento en esos momentos en que las fuerzas nos abandonan! Encontrar quien nos desaliente o nos abrume con noticias negativas es fácil. Lo difícil es hallar a alguien que levante el espíritu abatido y traiga esperanza en tiempos de incertidumbre.

Pero eso es precisamente lo que Dios nos ofrece en su Hijo. Aun antes de que Jesús viniera al mundo, Isaías ya describía parte de su misión con estas palabras: “saber hablar palabras al cansado”. El Señor aún no había nacido en Belén, y ya tenía en sus planes a todos los que alguna vez serían vencidos por el dolor, la tristeza o el peso de la vida. Jesús pensaba en personas como usted y como yo, que día tras día enfrentamos desafíos, frustraciones y desaliento.

Y lo suyo no fueron solo palabras bonitas. Nos hizo una invitación poderosa y personal: “Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo los haré descansar”. Él no nos devuelve vacíos ni nos remite a una instancia superior. Como dice Isaías 50:2, a Dios no le falta fuerza para salvar ni poder para redimir, pero ha decidido hacerlo por medio de su Hijo. Esa es la esperanza que celebramos en Navidad: el Salvador ha venido, y en Él hay descanso para el alma cansada. ¡Vengamos a Él!

Ora: Señor Jesús, gracias por abrir tus brazos para recibirnos y hasta cargarnos cuando lo crees necesario. En tu nombre oramos,
Amén.





EL CORDERO DE DIOS

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas... mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Isaías 53:6

En medio de las fiestas y las luces, es fácil perder de vista nuestra verdadera necesidad de Jesús. A veces, la celebración navideña —con su música, sus regalos y su bullicio— puede nublar nuestra percepción espiritual, y hasta llegamos a pensar que al recordar su nacimiento, le estamos haciendo un favor a Cristo.

Pero quienes verdaderamente anhelaban al Mesías en los tiempos de Isaías sabían por qué su venida era necesaria. Setecientos años antes del nacimiento de Jesús, el profeta ya había descrito con claridad nuestra condición: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas”. No se trata simplemente de un problema de conducta, ni de una herida emocional, ni de una carencia educativa. Es una rebelión profunda, una separación total de Dios. Y no afecta a unos pocos —nos abarca a todos. Por eso, la solución no podía ser un simple ajuste moral o una reforma social. Se necesitaba un sustituto, alguien que tomara nuestro lugar, que cargara con nuestra culpa, que hiciera lo que nosotros no podíamos hacer. Y eso fue exactamente lo que Cristo vino a hacer.

El mensaje de Navidad no es solo que nació un niño, sino que nació el Salvador. Aquel sobre quien Dios mismo cargó el pecado de todos nosotros. Por eso hoy podemos celebrar con gozo: porque ese niño en el pesebre vino a morir por nosotros... y a darnos vida.

Ora: Señor, gracias por el gran salvador que nos has dado. Ayúdanos a poder verlo entre tantas distracciones. En Jesús. Amén.





NO SE CONFUNDA DE SEÑAL

“Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”.

Isaías 7:14

Ya estamos acostumbrados a oír del “milagro de Navidad”. A veces, se refiere a una familia reconciliada, a una enfermedad superada, o a algún gesto inesperado de bondad. Pero con frecuencia se olvida el verdadero milagro: que Dios mismo decidió hacerse presente entre nosotros.

La señal no apareció en una noche de paz y luces. Dios la dio en un momento oscuro. Judá estaba amenazada. Reinaba el miedo, la inseguridad y la incertidumbre. El rey Acáz, lejos de confiar en el Señor, prefería alianzas humanas y decisiones desesperadas. Sin embargo, Dios no esperó a que le buscaran. Tomó la iniciativa. Aunque el rey no pidió señal, el Señor la ofreció: una virgen concebiría y daría a luz un hijo. Su nombre sería Emanuel: Dios con nosotros.

Esa promesa no se cumplió de inmediato. Pasaron siglos. Pero cuando el tiempo llegó, en una noche sencilla y sin brillo aparente, la señal brilló más que cualquier estrella: el Hijo de Dios nació en un pesebre. No vino rodeado de lujos ni privilegios, sino en humildad, para estar con nosotros... para salvarnos. Dios ya te ha dado la señal más clara de su amor. Su nombre es Jesús. Él es la prueba de que Dios no nos ha olvidado. Es la evidencia de que él sigue comprometido con tu salvación, tu vida y tu futuro. Esta noche celebramos a Emanuel: Dios contigo, Dios conmigo, Dios con nosotros. No hay mejor regalo que ese.

Ora: Señor Jesús, gracias porque tú eres la señal que necesitábamos. Ayúdanos a recordar que no estamos solos, porque tú eres Emanuel: Dios con nosotros, ahora y para siempre. Amén.





NO CUALQUIER NIÑO

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro”.

Isaías 9:6

¿Hubo algún momento este año en que sentiste que el mundo estaba fuera de control? Tal vez pensaste que las guerras, las injusticias, los gobiernos corruptos, las enfermedades o las familias rotas llevaban la delantera. A veces, todo parece tan caótico que uno se pregunta si realmente hay alguien al mando. ¿Quién gobierna todo esto? ¿Hay esperanza en medio de tanto desorden?

Isaías vivía en un tiempo como el nuestro. Un pueblo cansado, rodeado de amenazas, gobernado por líderes inestables. Pero en medio de esa oscuridad, Dios le dio un mensaje que cambiaría la historia: “Porque un niño nos es nacido”. ¡Qué contraste tan impactante! Para responder al caos... Dios envía un niño. No un ejército. No un nuevo sistema político. No un decreto celestial. Un niño. Pero no cualquier niño. Este es el “Admirable Consejero”, el “Dios Fuerte”, el “Padre Eterno”, el “Príncipe de Paz”.

La Navidad no se trata solo de un nacimiento tierno. Es la proclamación de que Dios ha tomado el control, que no estamos abandonados, y que su gobierno ha comenzado en Jesús. Tal vez hoy te sientes abrumado por lo que ocurre en tu vida o en el mundo. Pero recuerda: el gobierno está sobre sus hombros. Cristo ha venido, y su reino no tendrá fin. Si este Niño gobierna tu vida, puedes vivir con paz y esperanza... incluso en medio de la oscuridad.

Ora: Señor, cuando todo a nuestro alrededor parece incierto, ayúdanos a confiar en que tú sigues en el trono, soberano sobre cada circunstancia, y que nada escapa de tu perfecto plan. Amén.





DESPUÉS DE LA FIESTA...

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos...”

Isaías 61:1

La música ha cesado, los regalos ya se abrieron, y muchos han vuelto a la rutina. ¿Y ahora qué? ¿Qué queda después de la fiesta? Isaías nos recuerda que el verdadero regalo de Navidad no se guarda bajo un árbol ni se desvanece con el paso de las horas. El verdadero regalo es una Persona: el Ungido, el Mesías, enviado por Dios. Su misión no fue entretener ni impresionar, sino traer buenas noticias a quienes más las necesitan: los abatidos, los quebrantados, los que sienten que no pueden más.

Cristo es el centro del evangelio. Sin Él, no hay esperanza duradera. Podemos celebrar, podemos adornar, pero si Él no está en el centro, el alma sigue vacía. Isaías no describe a un héroe solitario, sino a un Siervo enviado por Dios, lleno del Espíritu, en perfecta comunión con el Padre. Por eso mismo, Jesús eligió este pasaje para inaugurar su ministerio público: fue su declaración de misión. Con esas palabras, anunció que el Reino había llegado... y que el evangelio estaba en marcha.

Lo más hermoso de este pasaje es a quién va dirigido ese mensaje: a los quebrantados, no a los poderosos; a los humildes, no a los auto-suficientes. Nadie queda fuera. El evangelio no es para los que tienen todo resuelto, sino para los que saben que no pueden solos. ¿Terminó la Navidad? Tal vez sí, pero no terminó la buena noticia. Hoy, el Ungido sigue obrando.

Ora: Señor Jesús, gracias por venir como el Salvador eterno. Que tu Espíritu nos consuele y nos recuerde que aún después de la fiesta, tú sigues siendo nuestra esperanza. Amén.



LA PAZ QUE NO SE ACABA

“En ese tiempo dirás: «Te doy gracias, Señor, porque aunque estuvieste enojado conmigo, tu ira ya pasó y me has devuelto la paz”.

Isaías 12:1

Si va al supermercado estos días, el espectáculo es el mismo dondequiera que mire. Los estantes navideños empiezan a vaciarse. Los árboles artificiales, las luces y los envoltorios de regalo comienzan a ceder su espacio a agendas, artículos escolares y adelantos del Día de San Valentín. Y con ese cambio visual viene también un cambio emocional. Los días después de Navidad suelen sentirse como un descenso: la emoción baja, el bullicio termina, y volvemos a la rutina. Pero hay algo que no desaparece con las decoraciones: la paz que Cristo vino a traer.

Isaías nos regala un canto que no nace del orgullo, sino del asombro: “aunque estuvieste enojado conmigo, tu ira ya pasó.” Es una confesión sincera. Sí, merecíamos juicio, pero ahora hay reconciliación. ¿Cómo fue posible? Porque alguien tomó nuestro lugar. Alguien pagó el precio para que podamos estar en paz con Dios.

Esa es la verdadera razón de la Navidad. No fue simplemente el nacimiento de un niño, sino la llegada del Salvador, del que vino a restaurar lo que estaba roto. Él no trajo una paz decorativa ni superficial. Trajo la paz con Dios: la más profunda, la más necesaria. Por eso, incluso cuando las fiestas se acaban, podemos beber con alegría de la fuente de la salvación. (v.3). Las fuentes no se han secado. Cristo sigue siendo el manantial que sacia el alma.

Ora: *Bendito Dios, gracias porque tu enojo no duró para siempre. Gracias por Jesucristo, quien hizo posible la paz entre tú y nosotros. En su nombre oramos, amén.*



DIOS ES EL MISMO HOY

“No tengas miedo, pues yo estoy contigo; no temas, pues yo soy tu Dios. Yo te doy fuerzas, yo te ayudo, yo te sostengo con mi mano victoriosa”.

Isaías 41:10

¿Te asusta la idea de que se acerca un nuevo año? ¿O más bien sienten alivio al dejar atrás el que termina? Lo cierto es que el calendario no tiene memoria, pero nuestros corazones sí. Llevamos con nosotros alegrías, pérdidas, aprendizajes... y también temores sobre lo que vendrá. En medio de todo eso, anhelamos una tranquilidad que no dependa del tiempo, sino que dure más que una fecha marcada en el calendario.

Isaías nos recuerda que, sin importar cuán inciertos parezcan los días por venir, Dios sigue siendo el mismo. Él no es un espectador lejano. No es como los dioses del Olimpo, que parecían disfrutar de las tragedias humanas mientras ellos mismos eran víctimas de sus pasiones. Tampoco es como ese dios impersonal que algunas filosofías orientales proponen: indiferente al dolor, distante del sufrimiento humano.

Nuestro Dios es distinto. Es cercano, personal, justo y compasivo. Es el Dios que promete estar contigo, darte fuerzas, ayudarte y sostenerte con su mano poderosa. No te observa desde lejos: camina contigo. No importa lo que digan los poderosos de este mundo. Nuestra esperanza no depende de la economía, ni de las encuestas, ni del calendario. Nuestra mirada está puesta en el trono de un Dios fiel. Y cuando repasamos su historia —su historial con nosotros—, sabemos una cosa con certeza: Dios no falla.

Ora: *Padre celestial, Gracias porque tu fidelidad no cambia con las estaciones ni con los calendarios. Dame paz, no por lo que espero que ocurra, sino porque tú estarás conmigo. En Cristo, amén.*



UNA PAZ SIN FECHA DE CADUCIDAD

“Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado”.

Isaías 26:3 RVR60

¿Eres de los que se acuerda de Dios solo en los momentos pico? Es fácil buscarlo cuando el calendario marca días importantes, cuando la emoción sube o cuando las crisis nos apremian. A veces hasta parece un ritual de fin de año: hacer una oración, visitar una iglesia, hacer promesas... y volver a lo mismo.

Pero este versículo no está dirigido a quienes se acercan a Dios por costumbre o impulso. Está dirigido a quienes han decidido mantener su pensamiento fijo en Él, a quienes han hecho de Dios el centro de su confianza no solo en los días especiales, sino cada día. La promesa es clara y poderosa: “completa paz”. No se trata de una calma superficial ni de un alivio momentáneo. Es una paz que sostiene, que guarda y que permanece. Isaías no está hablando de una técnica de relajación ni de un escape emocional. Está apuntando a algo mucho más profundo: una vida anclada en Dios.

El versículo que sigue lo refuerza: “Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (v.4). Esa es la clave. Una mente y un corazón firmemente anclados en Dios. Esa es la fuente de una paz que no se acaba. Hoy es un buen día para decidir si seguiremos buscando a Dios solo en los días festivos... o si le entregaremos nuestra mente y nuestro corazón cada día.

Ora: *Padre celestial, reconozco que muchas veces me acerco a ti solo en los momentos de crisis o emoción. Hoy quiero hacer de ti mi ancla, la fuente de mi paz diaria. Por Jesucristo, amén.*



EL DIOS DE LOS NUEVOS BROTES

“En aquel tiempo el renuevo de Jehová será para hermosura y gloria, y el fruto de la tierra para grandeza y honra, a los sobrevivientes de Israel”.

Isaías 4:2

Un año más está a punto de culminar. Algunos celebran logros; otros lamentan pérdidas. En ambos casos, hay un anhelo común: que algo nuevo surja, que lo próximo sea mejor, que haya fruto después del invierno. Isaías escribió estas palabras en un contexto de juicio. El pueblo de Dios enfrentaba las consecuencias de su rebelión. Pero en medio de la devastación, aparece una promesa: el renuevo de Jehová.

¿Qué es ese renuevo? En la teología del Antiguo Testamento, es una imagen de esperanza mesiánica, de algo (o alguien) que brota de lo aparentemente seco. Este renuevo no es obra humana, es de Jehová, y por eso su hermosura es real, su gloria es duradera.

Dios no olvida a los sobrevivientes, a los quebrantados, a los que han pasado por fuego. Para ellos es esta palabra: el fruto de la tierra será para grandeza y honra. Donde hubo pérdida, vendrá fruto. Donde hubo humillación, vendrá honra. No por las fuerzas humanas, sino por la gracia del Dios que hace brotar vida aun en la tierra reseca. Si este año ha dejado en ti cansancio, confusión o dolor, no estás solo. Pero recuerda: el Dios de los comienzos también es el Dios de los nuevos brotes. Él no desecha a los que han sido heridos; a ellos promete restauración. El renuevo es Cristo, y en Él hay hermosura, gloria y fruto verdadero.

Ora: *Bendito Dios, Gracias porque en Cristo hay esperanza, incluso cuando parece que todo ha sido podado. Haz brotar en mí un nuevo fruto. En el nombre de tu Hijo, Amén.*





BORRÓN Y CUENTA NUEVA

“Miren, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva. Lo pasado quedará olvidado, nadie se volverá a acordar de ello”.

Isaías 65:17

Al acercarse el fin de año, muchos quisieran apretar un botón que lo reinicie todo. Deseamos que el 31 de diciembre funcione como un parteaguas, como si al dar la medianoche pudiéramos dejar atrás los errores, los dolores, las deudas y las frustraciones acumuladas. Pero la realidad es otra: el calendario cambia, sí, pero la vida sigue su curso. La memoria no se borra sola. Las heridas no se sanan por magia. A veces el peso del pasado parece acompañarnos sin soltar, como una sombra terca que cruza con nosotros al nuevo año.

¿Cuántos no han dicho: “ojalá pudiera empezar de cero”? Pero tenemos que reconocer que ese “borrón y cuenta nueva” no está en nuestras manos. Podemos mejorar pero no podemos rehacerlo todo. Sin embargo, el Dios de la Biblia sí puede. Él no está limitado por el tiempo ni por nuestra historia rota. Isaías nos revela una promesa asombrosa: “Voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva”. Dios no se conforma con hacer “arreglos menores”; Él anuncia una transformación total, una renovación que alcanza no solo el universo, sino también nuestro corazón, nuestra historia y nuestro futuro.

Así que cuando mires hacia adelante con incertidumbre, recuerda: hay Uno que puede rehacerlo todo. En Él sí hay esperanza de un verdadero “borrón y cuenta nueva”. No porque tú puedas olvidar el pasado, sino porque Él decide no recordarlo.

Ora: Señor, gracias porque tu poder va más allá de nuestros errores y nuestra historia. Gracias por la promesa de una creación nueva, donde el pasado ya no tendrá poder sobre nosotros.

En el nombre de tu Hijo, Amén.





